



LAS OTRAS OLIMPIADAS

Durante los últimos meses se ha oído hablar mucho de los Juegos Olímpicos, y quizás algunos han creído que las iniciativas de diversas ciudades para organizarlos han sido populares en el auténtico sentido de la palabra. Pero para conocer lo que es realmente popular, es posible mirar hacia atrás y conocer algo sobre otros juegos internacionales donde lo importante era el espíritu deportivo, y no la competencia entre naciones y estados.

Presentamos a continuación dos textos relacionados con las Olimpiadas Populares: un artículo de Jakvo Schram, Presidente del Comité Ejecutivo de la Asociación Anacionalista Mundial (Sennacieca Asocio Tutmonda, SAT), y por otra parte unos recuerdos de un testigo de la principal manifestación de deporte popular, las Olimpiadas Populares de Barcelona, en 1936.

LAS OLIMPIADAS OBRERAS

Jakvo Schram

Publicado en "Sennaciulo", octubre 2004.

Funciona ya como separación entre las instalaciones deportivas del distrito Hoboken, en Amberes, una nueva plaza. Su nombre será el de "Parque Jacques Schram". De esta forma el distrito de Hoboken desea homenajear a mi tío, que durante toda su vida activa luchó para promocionar el deporte obrero. Durante muchos años fue delegado de la Olimpiada Popular o, como él siempre la llamó, los Juegos Obreros.

He hecho algunas investigaciones en el Instituto de Historia Social (AMSAB), y he encontrado textos muy valiosos, de los cuales tomo información para este texto. Escribo este texto con una rabia grande en el corazón. Decenas de veces acudí como joven ayudante de mi tío a las casas populares y a las instalaciones deportivas para mostrar las diapositivas que él había tomado durante diversas Olimpiadas Populares en las que había participado. Las más queridas para mí son las de la Olimpiada Popular en Israel y no puedo pensar en las imágenes sin que el corazón se llene de pena por el gran ideal. Por el grupo de entusiastas comprometidos cuya batalla se ha perdido por completo.

La primera Olimpiada Popular iba a haber tenido lugar en Barcelona en 1936, pero ya entonces los trabajadores lucharon con otros trabajadores al servicio de las ideas de los demagogos.

Juegos olímpicos burgueses - obreros

A fines del siglo XIX se fundó el movimiento deportivo obrero, muy parecido en su estructura a la variante neutral o burguesa. Sin embargo, de forma relativamente rápida tras su fundación el movimiento comenzó un proceso de fijación de su propio perfil ideológico. El movimiento pasó a manos de pensadores de izquierdas, con una ideología cada vez más concreta: que el deporte no es un sistema para ganar dinero o gloria, sino para mejorar la salud y las condiciones generales de vida. Entre los deportistas burgueses la variable económica desempeñaba un papel significativo, mientras que entre los deportistas obreros lo más importante eran las cinco reglas siguientes:

- primero – no se buscaba la competición en forma extrema, sino el espíritu de superación.
- segundo – el cultivo de los deportistas *per se* era perjudicial y se evitaba.
- tercero – fuerte rechazo de la comercialización del deporte y promoción del amateurismo de los deportistas.
- cuarto – el deporte debe servir a la masa, lo que significa que todas las personas deben tener la posibilidad de hacer deporte
- quinto y último – por medio del deporte y de los consiguientes contactos internacionales alcanzar la paz mundial

Los trabajadores, de inspiración socialista, entraron en competición con los clubes burgueses, argumentando que el deporte aficionado era el verdadero deporte, según el pasado mítico de “deporte auténtico”, “espíritu deportivo” y el cultivo armonioso del espíritu.

El gran medio de propaganda de los deportistas burgueses era evidentemente las Olimpiadas, donde se reunían en paz y armonía según el ideal olímpico. Pero tal como rebatían los deportistas obreros (socialistas) y los defensores del verdadero deporte: las Olimpiadas eran sólo propaganda para los sentimientos nacionalistas, un espectáculo comercial donde el dinero contaba más que los movimientos corporales armoniosos. Las Olimpiadas no eran otra cosa que un reflejo del modelo social capitalista. La afirmación del barón De Coubertin (fundador de los Juegos Olímpicos modernos en 1894) de que “el deporte obrero se aproxima más al ideal deportivo”, los deportistas rojos lo emplearon y publicitaron muy a menudo.

En 1931 el Comité Olímpico Internacional (COI) decidió que los XI Juegos tendrían lugar en Berlín. En ese momento el gobierno alemán era políticamente de centro-derecha, y el Comité no previó que Hitler tomaría poco después el poder.

De hecho los nazis no estaban demasiado a favor de las Olimpiadas, ya que ellos preferían el movimiento gimnástico alemán, reaccionario y fuertemente estructurado según una versión nacionalista, donde se escuchaba música de marcha, y donde el ondear de las banderas y los símbolos era igual de importante que el propio deporte. Además, el presidente del Comité Olímpico Alemán Theodor Lewald y el secretario Carl Diem tenían familiares judíos. Los nazis exigieron inmediatamente después su expulsión del Comité.

Sin embargo, el 16 de marzo de 1933 Hitler aceptó a T. Lewald y al contrario de lo que éste preveía, Hitler presentó su pleno apoyo a las Olimpiadas.

No obstante, los problemas no desaparecieron completamente. Las reglas olímpicas prohibían cualquier forma de discriminación racial o religiosa, y a este respecto la Alemania hitleriana no gozaba de la mejor reputación.

Durante una reunión del COI de junio de 1933 en Viena, se estudió la situación. El centro de la discusión fue: ¿tenían cabida los judíos en el equipo olímpico alemán? Según los dos

comisionados alemanes, Karl Ritter von Halt y Theodor Lewald no había ningún problema al respecto. Incluso dieron garantías por escrito. También durante la reunión del COI en Atenas, en mayo de 1934, se confirmaron las decisiones anteriores.

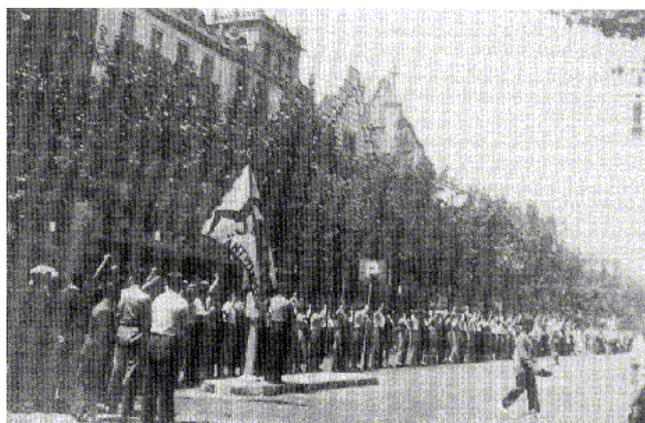
Como ahora sabemos la garantía alemana no era más que una maniobra política. Los judíos fueron 'purgados' de la vida pública y evidentemente también de los clubes deportivos. Debido a la ausencia de facilidades de entrenamiento se les despojó de cualquier posibilidad de participar en los Juegos Olímpicos. Se usaron también otros trucos. La atleta judía Gretel Bergmann que lo había hecho claramente mejor que su rival aria Elfriede Kaun no alcanzó la selección oficial por no estar registrada en un club deportivo. De hecho ningún judío, hombre o mujer, consiguió un lugar en el equipo alemán.

Aunque el COI estuvo satisfecho con sus decisiones, la mayoría afirma sin embargo que la Alemania fascista, con su propaganda antijudía, anticatólica y antisocialista no era un lugar donde podían celebrarse los Juegos Olímpicos. Se produjeron protestas a nivel mundial. Las organizaciones judías desempeñaron en ellas un gran papel, especialmente en los Estados Unidos. En la vieja Europa, las protestas más fuertes vinieron de las federaciones deportivas obreras de izquierdas. Las federaciones internacionales socialistas y comunistas incluso olvidaron los vetos de muchos años. Durante una reunión general en Praga el 6 de septiembre de 1935 condenaron tanto el nazismo como los ya cercanos Juegos Olímpicos berlineses.

A pesar de la elección en mayo de 1936 de un gobierno frentepopulista en Francia bajo la presidencia del judío Léon Blum, el secretario de estado de deporte Léo Lagrange prometió continuar con los compromisos contraídos. Como compensación los deportistas obreros recibieron la promesa de que Francia daría un apoyo significativo a los juegos obreros alternativos de Barcelona.

En Bélgica el asunto consumió gran cantidad de tinta. En noviembre de 1935 la cúpula de las federaciones deportivas obreras se adhirió al Comité Internacional en defensa del Ideal Olímpico. De esta forma siguieron la dirección fijada por la Internacional Deportiva Obrera Socialista (SASI). Uno de los principales activistas en SASI era Louis Lalemand.

Curiosamente, en Gran Bretaña apenas hubo oposición a los Juegos de Berlín.



La delegación belga en las Ramblas de Barcelona con la bandera del club deportivo obrero judío de Amberes.

Barcelona 1936 como contra-Olimpiada

Durante los años 30 la vida deportiva y especialmente los deportistas obreros se vieron influidos por el Frente Popular. El "Esport Popular" catalán combinaba el deporte con la política. Se exigía que todos tuvieran acceso a una forma no comercial del deporte, donde los valores de igualdad, fraternidad, solidaridad y juego limpio no fueran conceptos vanos. Al mismo tiempo el deporte era un instrumento en la lucha política por una mayor democracia y contra los ideales fascistas.

Las diversas asociaciones deportivas de la región catalana se unieron en el año 1936 en el “Comitè Català pro Esport Popular”. Era una organización popular, sin ligaduras formales con las organizaciones políticas o sindicales.

Desde su fundación se comenzó a trabajar con gran entusiasmo en la organización de diversas manifestaciones deportivas. El plan más ambicioso era la Olimpiada Popular, que no debía ser únicamente un medio de propaganda del deporte aficionado, sino, ante todo, una denuncia de los Juegos Olímpicos en la Alemania fascista. La idea inicial era que se organizara a escala nacional, pero el entusiasmo en países como Francia y Bélgica ocasionó que al final la olimpiada alternativa tuviera un carácter internacional.

A pesar de que incluso hoy algunos afirman que la Olimpiada Popular española era una iniciativa del movimiento deportivo de la izquierda trabajadora, la historia debe ser contada adecuadamente. La mayoría de los participantes pertenecían a las asociaciones deportivas de izquierda, pero el proyecto era mucho más amplio. El Comité internacional en defensa del Ideal Olímpico pretendía unir a las personas contrarias a los Juegos berlineses. En la terminología actual hablaríamos de unión de tendencias progresistas y de izquierdas. La Federación deportiva catalana que lo organizaba era autónoma, no ligada a ningún partido político. De hecho la Olimpiada Popular fue una iniciativa de grupos de diversas tendencias que se encontraron en el común Ideal olímpico, la hermandad de los pueblos. Sólo la Olimpiada Popular representaría el carácter desprendido de los verdaderos Juegos Olímpicos: “el espíritu olímpico no estará en Berlín sino en Barcelona”, afirmaba la prensa de izquierdas.

La organización acarreó muchísimos problemas. A pesar de la falta de tiempo, el gran entusiasmo se encargó de que se llevara a cabo el gigantesco proyecto. El apoyo financiero vino de los gobiernos español, francés y catalán. También el ayuntamiento barcelonés proporcionó ayuda económica. Afortunadamente se disponía de la infraestructura de la Exposición Mundial del año 1929. Se inscribieron veintitrés delegaciones. Los países y las regiones sin independencia política como Argelia, Palestina, País Vasco recibieron en la Olimpiada Popular un status con los mismos derechos. De esta forma se deseaba subrayar la libertad de todos los pueblos.

Se crearon tres categorías de deportistas: los atletas de élite, los expertos y los aficionados. Se deseaba conseguir la participación del mayor número posible de personas, independientemente de sus condiciones físicas. También se estimuló la participación de las mujeres.



Miembros de la Brigada Internacional

Las Olimpiadas Populares iban a comenzar el 19 de julio con diversas manifestaciones y fiestas y duraría una semana.

El 18 de julio - el día anterior a la inauguración oficial - se hizo un ensayo general. Muchos miembros del comité organizador estaban cansados y decidieron quedarse a dormir en el estadio.

Desgraciadamente el 19 de julio de 1936 entró en la historia por una causa totalmente distinta a la fiesta de la Olimpiada Popular.

Del diario de un atleta belga que participó en las Olimpiadas Obreras se puede leer: “Las calles están vacías bajo un sol abrasador (...) en la Plaza del Comercio chocamos con las primeras barricadas (...) cientos de metros más lejos vemos a unos sindicalistas armados (...) las barricadas aparecen cada 100 metros. Todas las calles laterales están bloqueadas (...) nos deslizamos a lo largo de las fachadas de las casas. Las balas silban a través de la plaza. Instintivamente doblamos la espalda y nos refugiamos en un portal (...) Vemos claramente cómo desde el campanario de una iglesia los francotiradores disparan por la espalda a los trabajadores que se encuentran tras las barricadas.”

Las olimpiadas berlinesas fueron un éxito colosal. Hitler quería impresionar al mundo y lo consiguió; Berlín lo superó todo.

Sólo en las últimas décadas los investigadores se hacen preguntas sobre todo el proyecto. En 1936 se consideró a los Juegos Olímpicos de Berlín como modelo para el futuro. También por esta razón la Olimpiada Popular se vio condenada a la oscuridad. Sofocada por la Guerra Civil Española, se convirtió en una insignificante nota a pie de página en una historia casi olvidada.

Sin embargo, la Olimpiada popular de Barcelona muestra la potencia que puede venir del compromiso y el entusiasmo. El valor de este ejemplo escapa a cualquier limitación de tiempo y espacio.

LOS OTROS JUEGOS OLÍMPICOS DE BARCELONA

Eduardo Vivancos

Artículo escrito originalmente en catalán en el año 1992 y aparecido el mismo año en la revista “Flama”, órgano del Casal Català de Toronto.

Lo que importa en los Juegos Olímpicos no es ganar sino participar - Pierre de Coubertin.

Los Juegos de la XXV Olimpiada han hecho de Barcelona el punto de mira de millones de personas alrededor del mundo. Parece como si Barcelona hubiera sido redescubierta. Todo el mundo habla de ella. La prensa y la televisión nos han traído imágenes que parecen venir de un país de maravillas. Imágenes de la ciudad entera, de sus monumentos distintivos, del Barrio Gótico, de la Villa Olímpica, del flamante Palau Sant Jordi, de las numerosas instalaciones deportivas y del Estadio Olímpico de Montjuïc. Estadio de Montjuïc, para algunos de mi generación lleno de recuerdos y de cierta nostalgia.

Mentalmente vuelvo a ver este estadio como era hace 56 años (1936).

Grupos de jovencitos entusiasmados y llenos de ilusiones íbamos allí diariamente para entrenarse, con el propósito de poderse clasificar y poder participar en la Olimpiada de Barcelona. Sí, digo bien, en la Olimpiada de Barcelona, que había de tener lugar hace exactamente 56 años, a pesar de que ahora no se hable mucho de aquel acontecimiento.



Pero antes de continuar con la historia de aquella olimpiada, desgraciadamente frustrada por trágicas circunstancias, giremos las hojas del libro del tiempo y repasemos brevemente la historia de los Juegos Olímpicos modernos.

Su iniciador fue el francés Pierre de Coubertin, un humanista que creía que la participación de hombres de todo el mundo en competiciones deportivas aportaría un espíritu de amistad, de hermandad y de comprensión entre los participantes fuera cual fuera su origen étnico, sus creencias y su posición social. Digamos de paso que los objetivos idealistas de Pierre de Coubertin no se han realizado completamente y los Juegos han quedado muy a menudo desvirtuados por manipulaciones políticas, racismo, intolerancia, comercialismo y la ambición de querer ganar a toda costa, utilizando para conseguirlo medios muy poco éticos, en contraste con el deseo expresado por Coubertin cuando dijo: “Lo más importante en los Juegos Olímpicos no es ganar, sino participar; lo más importante en la vida no es el triunfo, sino el esfuerzo por conseguirlo.”

El ideal que Pierre de Coubertin propone a los participantes no se identifica sólo con la victoria, sino con el espíritu caballeroso del deporte, su práctica desinteresada, la aceptación cortés de la suerte, favorable o adversa, la colaboración amistosa entre las naciones, las razas y los hombres en general, objetivos que constituyen elementos morales de un valor elevado y que el público sabe apreciar igualmente.

La primera Olimpiada moderna tuvo lugar en Atenas en el año 1896 y desde entonces, excepto los años de las dos guerras mundiales, se celebra cada cuatro años en una ciudad diferente. Ya desde el principio del movimiento olímpico, los barceloneses han demostrado un interés muy grande por los Juegos. Cuando se construyó el estadio de Montjuïc en el año 1929, fue con la intención de poseer las instalaciones requeridas para poder organizarlos. En efecto, Barcelona presentó, a su debido tiempo, la candidatura para celebrar los Juegos de la XI Olimpiada prevista para el año 1936.

El Comité Olímpico Internacional se reunió en Barcelona el año 1931, pero sus miembros no llegaron a ponerse de acuerdo. Fue un año más tarde, en Los Ángeles, cuando por votación se eligió Berlín. Esta ciudad obtuvo 43 sufragios contra 16 para Barcelona y 8 abstenciones. En aquel momento en Alemania había un régimen políticamente centrista que parecía poder organizar los Juegos con cierta garantía de imparcialidad, pero en enero de 1933 Adolf Hitler ocuparía el poder y enseguida introduciría leyes de carácter racista. La imparcialidad ya no era posible a pesar de las promesas hechas por Hitler a Baillet-Latour, presidente del Comité Olímpico Internacional.

El 15 de septiembre de 1935 Hitler proclamó las Leyes de Nuremberg, privando a los judíos de la nacionalidad alemana y al mismo tiempo intensificó la persecución feroz contra todos sus opositores políticos.

Estas circunstancias crearon una atmósfera de malestar. Muchos deportistas se negaron a ser instrumentos de la máquina de propaganda nazi y en muchos países se crearon comisiones a fin de encontrar una alternativa a los Juegos de Berlín.

El lugar idóneo era Barcelona que, como hemos dicho más arriba, ya había presentado su candidatura unos años antes. Como resultado se creó el Comité de la Olimpiada Popular de Barcelona bajo la presidencia de Josep Antoni Trabal; el secretario fue Jaume Miravittles, conseller de la Generalitat de Catalunya y la fecha prevista fue del 19 al 26 de julio. Pronto llegarían adhesiones de Francia, Estados Unidos, Suiza, Canadá, Grecia, Suecia, Marruecos y muchos otros. Por razones obvias no llegaron adhesiones de Alemania pero, en cambio, se inscribieron muchos alemanes que residían fuera de su país y a los cuales estaba vedada la participación en los Juegos de Berlín.



La tarde del sábado 18 de julio, el estadio de Montjuïc hervía de actividad. Muchos atletas extranjeros se encontraban allí para entrenarse y para confraternizar con otros participantes de los Juegos. También se encontraban muchos jóvenes barceloneses miembros de la sección deportiva del Ateneo Enciclopédico Popular, de la Escuela del Trabajo de Barcelona y de otros clubes locales. Estos jovencitos tenían que practicar ejercicios gimnásticos para ser presentados al día siguiente. Los contactos entre los dos grupos eran muy interesantes e instructivos a pesar de los evidentes problemas lingüísticos. La mayor parte de los forasteros no hablaban nada de español. Algunos de ellos empleaban palabras que acababan de aprender y que pronunciaban terriblemente dando lugar a interpretaciones divertidas. Yo mismo intenté emplear los pocos conocimientos que tenía del francés, pero sin mucho éxito. Maneras afables y calurosos estrechamientos de mano reemplazaban las palabras.

El ambiente era muy fraternal. Por primera vez en mi vida tuve la oportunidad de relacionarme directamente con personas de otros países. Aquella experiencia reforzó mi convicción de que era deseable fomentar el sentimiento de amistad entre personas de diversos orígenes étnicos y nacionales.



El entusiasmo y la euforia flotaban sobre el estadio pero, desgraciadamente, mitigados por un sentimiento de temor y de tensión. Durante todo el día corrían rumores muy alarmantes sobre una inminente rebelión militar. El gobierno aseguraba que tenía la situación controlada, pero ninguno se lo creía. Cuando los jóvenes gimnastas se preparaban para practicar sus ejercicios, uno de los organizadores anunció con voz afligida: “Unas manos fascistas han saboteado las instalaciones eléctricas. Resolveremos el problema y mañana todo estará listo para la inauguración de los Juegos”.

Paralelamente a las competiciones deportivas iba a tener lugar la Olimpiada Cultural y ya se habían previsto más de 3000 manifestaciones folclóricas.

Entre los participantes en las actividades culturales se encontraba el gran violonchelista Pau Casals.

La noche del 18 de julio Pau Casals dirigía los ensayos de la Novena Sinfonía de Beethoven que la orquesta, con la colaboración del coro del Orfeó Gracienc, iba a ejecutar al día siguiente en el Teatro Grec de Montjuïc en la inauguración de la Olimpiada. Durante el ensayo se presentó un emisario oficial que, con la voz alterada, gritó: “Suspendan el ensayo. Tenemos noticias de que esta noche habrá un alzamiento militar en toda España. El concierto y la Olimpiada han sido suspendidos. Abandonen todos, inmediatamente, el local”.

Casals se quedó consternado. Se dirigió a los músicos y a los coristas y les dijo: “No sé cuando nos volveremos a reunir; os propongo que, antes de separarnos, todos juntos ejecutemos la sinfonía”, y levantando la batuta continuó el ensayo, terminando en la parte final que dice:

*Abrazaos, hombres,
ahora que un gran beso
inflama los cielos...*

“¡Qué momento tan emocionante! y qué contraste” recordaba el maestro unos años más tarde. “Nosotros cantábamos el himno inmortal de la hermandad, mientras que en las calles de Barcelona, y de muchas otras ciudades, se preparaba una lucha que tanta sangre haría verter”.

La coral también había ensayado el himno de la Olimpiada Popular, escrito por el poeta Josep Maria de Segarra, himno que se iba a cantar ante miles de personas precisamente el día 19 de julio:

*Sota el cel blau
l'unic mot que ens escau
un crit d'alegria, Pau.*

Pero en lugar del himno de la Paz aquel día los barceloneses sentirían el sonido de un continuo tiroteo y, a las cinco y cuarto de la mañana, un llamamiento patético desde la emisora de Radio Barcelona: “Barceloneses, el momento tan temido ha llegado; el ejército, traicionando su palabra y su honor, se ha levantado contra la República. Para los ciudadanos de Barcelona ha llegado la hora de las grandes decisiones y de los grandes sacrificios: destruir este ejército faccioso. Que cada ciudadano cumpla su deber”. “Visca la Generalitat de Catalunya! Visca la República!”.

Muchos de los atletas olímpicos participaron activamente en la lucha contra el fascismo, y una buena parte de ellos no volvería a pisar nunca más las pistas de un estadio. Así se acabó, antes de empezar, lo que podía haber sido la gran Olimpiada Popular de Barcelona, preparada con tanto entusiasmo y tanta ilusión por hombres de buena voluntad que de buena fe creían en el ideal olímpico y humano.



Asociación Izquierda y Esperanto
SATeH (SAT-en-Hispanio)
Apartado de Correos 8537, 28080-Madrid
esperanto@nodo50.org
<http://www.nodo50.org/esperanto/>